

Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues, así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona, á llevar un pliego de cartas al virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.—Quiero el envite, dijo Sancho; y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos, contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante, poco á poco, esperándote á que vengas.” Rióse el lacayo; desvainó su calabaza; desalforjó sus rajas; y, sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho: “¡Sin duda, este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco!—¡Cómo debe! respondió Sancho; no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas, cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¡qué aprovecha! y mas, agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna.” Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió, que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose, despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y, diciendo: “Á Dios,” dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho; y allí, como moscas á la miel, le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros, á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. “¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía ¡oh Sancho! pienses que aquel sea verdadero lacayo? ¡Parece que se te ha ido de las mientes, haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco! obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero, dime ahora: ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora: si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?—No eran, respondió Sancho, los que yo tenia, tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí, señor! ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?—Mira, Sancho, dijo Don Quijote: mucha diferencia hay, de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser, que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida; maldijome, vituperóme, quejóse, á despecho de la vergüenza, públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en

maldiciones. Yo no tuve esperanzas qué darle, ni tesoros qué ofrecerle; porque, las mias, las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio, empero, de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.—Señor, respondió Sancho: si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan qué ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: *si os duele la cabeza, untaos las rodillas*; á lo menos, yo osaré jurar que, en cuantas historias vuesa merced ha leído que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero, por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.—Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te dén gracia para que caigas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio.” En estas pláticas iban, siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quijote, y dijo á Sancho: “Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria ¡oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias; y llamándome yo *el pastor Quijotiz*, y tú *el pastor Pancino*, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos, con abundantísima mano, de su dulcísimo fruto, las encinas; asiento, los troncos de los durísimos alcornoques; sombra, los sauces; olor, las rosas; alfombras, de mil colores matizadas, los extendidos prados; aliento, el aire claro y puro; luz, la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche; gusto, el canto; alegría, el lloro; Apolo, versos; el amor, conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos.— ¡Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado, y aun esquinado, tal género de vida! y mas, que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco, y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir, y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse.—Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote; y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, *el pastor Sansonino*, ó ya *el pastor Carrascon*; el barbero Nicolás se podrá llamar *Niculoso*, como ya el antiguo Boscan se llamó *Nemoroso*: al cura, no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole

el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra, así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro qué mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de *Teresona*, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama *Teresa*; y mas, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura, no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y, si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma.— ¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¡Pues qué si, entre estas diferencias de músicas, resuena la de los albogues! Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales.—¿Qué son albogues? preguntó Sancho; que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida.—Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas, á modo de candeleros, de azófar, que, dando una con otra por lo vacio y hueco, hace un són, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin: y este nombre *albogues*, es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*; conviene á saber: *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhuzema*, *almacen*, *alcancia*, y otros semejantes, que deben ser pocos mas; y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *i*, y son: *borcegui*, *zaquizami* y *maravedi*: *alhelí* y *alfaqú*, tanto por el *al* primero, como por el *i* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado *albogues*: y hános de ayudar mucho á poner en perfeccion este ejercicio, el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura, no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta; y, que las tenga tambien maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos, ó los mas, son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon, de desdeñado, y el cura Curiambro, de lo que él mas puede servirse; y así andará la cosa, que no haya mas qué desear.” Á lo que respondió Sancho: “Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh, qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas, y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjéen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato; pero ¡guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios; y quitada